

**DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO (B)**  
**Homilía del P. Manel Gasch, monje de Montserrat**  
**1 de julio de 2012**  
**Sab 1, 13-15; 2,23-24. Sal 29. 2 Cor 8,7.9.13-15. Mc 5,21-43**

Un monje de nuestra comunidad, fallecido hace pocas semanas, me reveló un día cómo se podía expresar uno de los misterios más importantes de nuestra fe: ¿Cómo puede ser que Dios sea bueno, que Dios lo pueda todo y que nuestra experiencia nos diga que en el mundo encontramos la muerte, la enfermedad, el dolor y el sufrimiento? Las lecturas de hoy, queridos hermanos y hermanas, me han evocado esta cuestión. En muchas de nuestras preguntas ante la vida y la realidad del mundo, llegamos a este: ¿por qué? ¿Por que el mal y todas sus derivaciones, cuando de Dios decimos que es sólo la vida y el amor. Cuando decimos que quiere la vida y que todo lo ha creado para la existencia, como nos decía el libro de la Sabiduría que hemos leído?

Este mismo monje pensador, lejos de angustiarnos ante algo intelectualmente difícil, nos enseñó que hay problemas que tienen solución y que hay misterios que no la tienen. Estos misterios nos ayudan a pensar, y estimulan nuestra fe y nuestra confianza.

Ayudado por este consuelo, me parece más útil y propio de un comentario a las lecturas del domingo contemplar las actitudes que el Evangelio nos narra en el momento en el que, quien sufre la muerte de alguien o una enfermedad, se encuentra con Jesús.

No encontramos en los relatos que hemos leído una solución intelectual al misterio del mal, pero nos dicen sin ambigüedad que Dios es radicalmente solidario con el sufrimiento.

Jesucristo, como el Revelador del amor del Padre, es contemporáneo del mal y del sufrimiento. Las situaciones difíciles no son un legado que nos ha dejado a nosotros de una manera abstracta. Él, Jesús, atravesó durante su vida infinidad de situaciones en las que la realidad del mal era evidente. La muerte, el rechazo social, toda clase de males del cuerpo y del espíritu, momentos en el que esta oscuridad de la vida y de la realidad se manifestaba en los demás, y finalmente, Jesús también experimentó en sí mismo la radicalidad de la contradicción entre un Dios bueno y omnipotente y una historia donde lo que aparecía era la victoria del maligno.

El evangelio de hoy nos cuenta dos momentos en los que Jesús se encuentra con dos situaciones límite: un padre desesperado por la muerte de una hija joven y una mujer enferma que ha llegado al extremo de lo que las fuerzas humanas podían hacer para curarse. Y el Señor se hizo presente -no para dar una respuesta intelectual al misterio- sino para curar, para salvar, para consolar, hasta en aquellos casos, especialmente en aquellas situaciones cuando parece que ya no queda ninguna esperanza humana. Por eso podemos afirmar la solidaridad radical de Dios, por Jesucristo, con los que sufren.

La intervención de Jesús en los dos milagros de salvación que hemos leído tiene una primera lectura aquí y hoy para nosotros que no podemos dejar de lado: ante una situación difícil asumimos a menudo la misma fe de Jairo y de la mujer que sufría hemorragias para pedir una intervención efectiva: una curación real, una de estas que son comprobable médicamente. A pesar de todas las acusaciones que se nos puedan hacer de premodernos, si no rechazamos de entrada esta actitud, los monjes sabemos por experiencia cómo tanta gente nos confía situaciones de éstas para que las presentemos a Jesucristo en la oración. No podemos dejar de lado la fe y la confianza

en que el Señor se puede hacer presente cuando hay dolor y enfermedad y puede tener un efecto en el marco de situaciones difíciles.

Y además, no somos los únicos a quienes a veces se nos escapa la evolución de los acontecimientos: todo lo que ha ocurrido en la economía local e internacional en los últimos cinco años demuestra ampliamente que la teología y las cosas de Dios no son las únicas misteriosas y que escapan al control humano.

¿Qué nos enseña a nosotros esta actitud de Jesús? Que necesitamos imitarlo. Que el camino que nos indica es también el de la solidaridad radical con los que sufren, es el de la misma intervención efectiva que él intentaba, en el espíritu de colaborar en la salvación que él nos trae y realiza. ¡Cuántos testigos de ello queridos hermanos y hermanas en la humanidad! Qué multitud de personas que, como el bosque que crece haciendo menos ruido que el árbol que cae, cooperan a la salvación de los hombres y mujeres, con conciencia de hacerlo en nombre de Cristo o incluso anónimamente guiados por principios humanitarios.

Y con todo, el misterio permanece abierto. A menudo, en el plano de la realidad, Dios no hace nada. Continúan muriendo inocentes, hay enfermedades incurables, hay dramas, y vuelve el porqué antiguo ante el mal y el sufrimiento que nos pide ir un poco más lejos que esta primera respuesta de pedir y procurar nosotros mismos la intervención directa. Tampoco podemos decir aquí que Cristo quedara fuera de esta lógica. Su muerte en cruz después de haber pedido a Dios que le fuera ahorrada, pero con la plena confianza de hacer su voluntad, será siempre el paradigma de la actitud y de la respuesta ante el misterio del mal. Una confianza y una fe en que las respuestas finales pertenecen a una dimensión diferente, la del cielo, la del cumplimiento del Reino, de los cuales en esta vida podemos tener intuiciones, recibiremos ayuda y sentido para avanzar, pero, al final, mientras peregrinamos tenemos sólo la humilde confianza de la fe, el recuerdo constante del ejemplo de Jesucristo y su presencia sacramental que nos acompaña hoy, como cada día que partimos el pan y bebemos el vino de la eucaristía.